

# BOLETÍN SAO

## SOCIEDAD ANTIOQUEÑA DE ORNITOLOGÍA



**Volumen XV (Número 2) – Diciembre de 2005**

### **EDITORIAL**

#### **Sobre los progresos y los compromisos**

Con 1012 páginas, 2.5kg de peso, y sin una sola ilustración, la obra monumental de Rodolphe Meyer de Schauensee, "The Birds of the Republic of Colombia", era herramienta única para quienes nos iniciábamos en la identificación y la historia natural de las aves a mediados de la década de 1960. "Las Claves" viajaban unas veces a lomo de mula y otras, qué se iba a hacer, a lomo de ornitólogo, a donde fuera necesario y con frecuencia lo necesario era muy lejos. Por supuesto, el libro no había sido escrito para

acompañar un buen par de binóculos sino una escopeta confiable y una abundante provisión de cartuchos. Además, para identificar las únicas aves de Colombia que habían sido ilustradas (y en color!) uno tenía que cargar "A Field Guide of Western Birds of North America" de Peterson.

No hay que ser desagradecidos, pues era dichoso quien tuviera a su alcance siquiera estos elementos. En 1964 el mismo Meyer de Schauensee dio el primer paso hacia una guía de campo con su "Birds of Colombia and Adjacent Areas of South and Central America", que en

ese entonces tenía todo el derecho de llamarse "un manual profusamente ilustrado" pero que en cuanto a la proporción de especies ilustradas, juzgado por los estándares de hoy, difícilmente calificaría como herramienta de campo. Me resultaba exasperante en particular que de 78 especies se ilustraran sólo sus cabezas cuando pensaba en cuánto habría ganado el libro si las mismas hubieran aparecido de cuerpo entero, hasta que terminé ignorándolas por completo. La gran mayoría de las 1556 especies entonces conocidas simplemente no figuraba en las planchas. Pero la relación de cada familia comenzaba con una extraordinaria figura a plumilla de una especie representativa por el maestro George Miksch Sutton y allí aparecían para mi deleite, entre otras, nada menos que *Ocreatus underwoodii* y *Cyanocorax yncas*!

Quienes teníamos el privilegio de acceso a una buena biblioteca ornitológica y a un mentor paciente y generoso echábamos mano con frecuencia de manuales de avifaunas en apariencia geográficamente remotas. Recuerdo títulos como "Field Book of Birds of the Panamá Canal Zone" de Berta Sturgis (1928!) y otros más recientes como "Birds of the West Indies" de James Bond y "Birds of Guatemala" de Hugh Land.

Robert Ridgely irrumpió en escena en 1976 y su guía para las aves de Panamá se convirtió en herramienta indispensable, además de iluminadora para los observadores del occidente del país, privilegiados por la biogeografía. Meyer de Schauensee y William H. Phelps Jr. se ocuparon en 1978 de reparar en parte la injusticia con la guía de las aves de Venezuela, traducida poco después al castellano. Nuestra familiar "Hilty", en el año memorable de 1986, constituyó un hito por excelencia en el desarrollo de la ornitología colombiana: potenció más allá de cualquier previsión la investigación, la observación de las aves como entretenimiento y, lo más importante, la conservación de las aves y la sensibilización de una audiencia cada vez más amplia hacia la admiración y el respeto por la naturaleza. De ahí en adelante todo es historia reciente que no tenemos que narrar aquí para quienes son precisamente sus protagonistas.

Sobre los instrumentos del oficio, uno podría hacer un recuento histórico paralelo al de las guías de campo. La grabación y el estudio de los cantos, por ejemplo. De la Nagra y la Uher, lo mejor en su tiempo en grabadoras magnetofónicas y únicas consideradas capaces de lograr registros fieles en el campo, de cerca de 10 Kg y la primera de ellas con un costo de unos USD 4,000, acom-

pañadas de micrófonos con reflectores parabólicos de aluminio de 1.20 m de diámetro necesariamente soportados en trípodes, pasamos a las grabadoras de cassettes y hoy en día disfrutamos de toda la miniaturización y los costos relativamente bajos de esta era digital. Ahora podemos hacer nuestros propios audio-espectrogramas en el computador familiar, cuando no hace mucho teníamos que mandar los cortes correspondientes en cinta magnetofónica al Laboratorio de Sonidos Naturales del Laboratorio de Ornitología de la Universidad de Cornell, uno de los pocos sitios donde la conversión de las vocalizaciones de las aves a medios gráficos era posible. Y qué tal la fotografía digital? Y la posibilidad de consultar bibliotecas remotas por Internet? Y las bases de datos? Y las revistas electrónicas? Podríamos extendernos *ad infinitum et ad nauseam* sobre todos los modernos desarrollos tecnológicos. Produce algo de vértigo.

Y qué decir del recurso humano? En tiempos de Meyer de Schauensee, a juzgar por aquellos citados en sus agradecimientos, los ornitólogos del país literalmente se contaban con los dedos de una mano. Y en ese entonces, de aficionados ni hablar. Hoy entre unos y otros somos hueste, nos reproducimos activamente y participamos en una densa red de

investigadores y aficionados, estos últimos cada vez más investigadores y los primeros cada vez más aficionados, enlazados por los medios informáticos a velocidades crecientes en un notable proceso de construcción de conocimiento colectivo.

Pero todos estos progresos han ido paralelos a lamentables retrocesos que nos retan a tomar posiciones y actuar. Nuestras aves y todos los demás organismos, muchos de los cuales ignoramos por estar siempre mirando hacia arriba, están amenazados por procesos bien conocidos y ante los cuales tenemos la tendencia de resignarnos por interpretarlos como resultados ineludibles del aumento de la población, de la pobreza y del subdesarrollo. Y para mostrarnos que todo puede ser peor, ahí están la ley de bosques con sus múltiples cuestionamientos y la entrega de los Parques Nacionales, patrimonio por excelencia del pueblo colombiano, a la ilusión de un ecoturismo elitista diseñado y controlado por organizaciones privadas, con alcances y consecuencias que todavía no están establecidas en sus cabales dimensiones. No son muchos los sectores de la sociedad que parecen haberse percatado y muchos menos los que se han manifestado al respecto.

El desafío está a la vista. La coyuntura actual exige organiza-

ción, vigilancia, información, comunicación y concertación en todas las acciones legales que tengamos que emprender para lograr un manejo decente del entorno por parte del gobierno. Requerimos especialmen-

te de mayor cohesión entre nosotros y con audiencias y organizaciones de intereses afines. De lo contrario todos los avances reseñados, si no es para documentar extinciones, habrán servido de muy poco.

**Humberto Álvarez-López**  
[alvarheredia@telesat.com.co](mailto:alvarheredia@telesat.com.co)